

JUANITO, HOMBRE RÍO

—Muérete, y te escribiré un poema mejor
—me dice al oír recitar la *Elegía a Ramón Sijé*,
de Miguel Hernández,
y yo, que también quiero acabar en el mar,
sonrío con él porque sé que es su mar de
bromas y que piensa en poesía, en afectos.

Juanito se escribe solo, como hacen los ríos, pero como a éstos, le gusta que hablen de él, de su caudal, de por donde transcurre, con quiénes se junta, donde desemboca... Le gusta reiterarse y pasar por los sitios por los que pasa, sobre todo por los umbrales de los amigos. Y le gusta requebrar a la mujer, acariciar sus orillas.

Pero nunca inunda, porque es un río calmo y ancho, y no me refiero a lo obvio de su cuerpo campechano. Sí, es un río especialmente calmo, moroso, muy moroso, con todo el tiempo del mundo para cavar la geografía, la orografía de por sí llana como la palma de una mano, incluso para mimar rincones con el perfeccionismo de alguien que se sabe eterno. No es engañoso, ni tiene remolinos ni trampas ocultas. Si dejas en su seno un barco de juguete, puedes verlo deslizarse bajo un puente y después traspasar uno tras otro hasta perderse aguas abajo. Apuestas sobre seguro de que el barco acabará en el mar.

Es un río lleno de árboles de sombra, aunque tiene la risa burlona de todos los ríos con algunas dosis más, sin necesidad de tirarse por las peñas ni de atronar ni de escupir, pero se ríe con la misma eficacia. Sin cursiladas cristalinas, pero jocoso, con los pequeños ojos entornados y brillantes como cristalitos de hielo, bajo los cristales de los lentes, las piernas abiertas, la mano extendida y la boca bien abierta para reírse con ganas. Como hay que reírse. Y cuando se cansa, se frota los ojos por debajo de las gafas como un niño que ha cumplido con serlo, se limpia la lágrima de la risa y se tranquiliza como se sosiegan los aguaceros del arco iris.

Es un río lleno de puentes por los que transitan los que vamos a visitarlo, por los que cruzan los paisajes y esa mujer que vuelve a pasar para ser requebrada y así ambos juntar las risas. Porque los ríos son pinos llenos de resina, porque por los ríos se sucede el vino mediterráneo, porque los ríos llevan los aromas de la sierra, del pinar, de las plantas fragantes, porque en los ríos se suspende el limo. Porque los ríos son como Juan, que es un río próximo, sin asperezas. Es un río que no le gusta viajar, pero que es capaz de montarse en una nube e ir a dónde haga falta, incluso hasta el mismo Amazonas, y allí preguntar por las mujeres guerreras. No

por nada, sólo por si las hubiera. O al Misisipi, y de regreso contar que ha estado con Mark Twain. Decirlo a los cuatro vientos como quien todavía se desvela por la ilusión de amanecer lleno de regalos, aunque este río sea viejo, medio siglo, y las sepa todas.

Es un río que moja los libros haciendo que sus letras salten como desde trampolines y se den un chapuzón de ingenio, que sus letras cambien de líneas como notas de un pentagrama animado, que sus letras sean juglares doctos. Y en estos libros no hay polvo (es verdad, Juan, no seas malo, no hay polvo) porque están felices de haber dejado el siglo XIII, el XVII y el XIX, incluso los de la inocencia de antes de Cristo, para hacerse rabiosamente contemporáneos e ir al cine, porque estos muertos, los puñeteros, flotan y van al cine. Por eso en su vida los libros son como las piedras que utilizamos para cruzar un río y su agua las lame, las canta, las acaricia, las topa, las rumorea.

Este río se contamina y se enfurruña cuando se nota con poco calado por las presitas que edifican los niños, pero adivina que detrás de un meandro viene otro y que la lluvia volverá torrencial. Por lo que es un río con paraguas. No obstante, no sé qué piensa y qué siente este río cuando está en casa. No tengo la perspicacia de saberlo antes de que abra la puerta de la calle y salude al mundo con sus mejores galas de río entrañable de barrio. No sé qué pasa antes de que la estampa urbana se complete —casas, coches, farolas, peatones, pasos para ellos, árboles, bancos, algún perro, el del pan, el mendigo, el guardia... —y cobre sentido para él, forme parte de una ciudad completa, con su río y todo. No sé qué pasa antes de que el río lo sea. Cuando lo hablamos entre nosotros, nos mira, mira sus cartas... y calla. Los ríos tienen sus secretos.